



ANIVERSARIOS
TERESIANOS
2023-2025

**Lectura de los escritos de Teresa del Niño Jesús
Aniversarios teresianos 2023-2025
2023: Manuscrito A**



Ficha 2:
La sonrisa de la Virgen
(Ms A, 29v-31v)

Lectura de los escritos de Teresa del Niño Jesús

Aniversarios teresianos 2023-2025

2023: Manuscrito A

Ficha 2: La sonrisa de la Virgen (Ms A, 29v-31v)

Propuesta para el encuentro comunitario:

1. Lectura del texto.
2. Uno de los participantes, habiendo preparado previamente su intervención, presenta el texto con la ayuda de la ficha de lectura (y de otros medios, si fuera necesario).
3. Diálogo comunitario sobre el texto.

Convendría que el encuentro comunitario fuera precedido por la lectura y meditación personal del texto de Teresa.

MANUSCRITO A, 29v-31v

Mi mayor consuelo mientras estuve enferma era recibir carta de Paulina. La leía y la releía hasta sabérmela de memoria... Un día, Madre querida, me mandaste un reloj de arena y una de mis muñecas vestida de carmelita. Es imposible decir la alegría que sentí... A mi tío no le gustó. Decía que, en vez de hacerme pensar en el Carmelo, habría que alejarlo de mi mente. Yo, por el contrario, pensaba que la esperanza de ser un día carmelita era lo único que me hacía vivir... Me encantaba trabajar para Paulina. Le hacía pequeños trabajos en cartulina, y mi ocupación preferida era hacer coronas de margaritas y de miosotis para la Santísima Virgen. Estábamos en el mes de mayo. Toda la naturaleza se vestía de flores y respiraba alegría. Solo la «florecita» languidecía y parecía marchita para siempre... Sin embargo, tenía un sol cerca de ella. Ese sol era la estatua milagrosa de la Santísima Virgen, que le había hablado por dos veces a mamá, y la florecita volvía muchas, muchas veces su corola hacia aquel astro bendito...

Un día vi que papá entraba en la habitación de María, donde yo estaba acostada, y, dándole varias monedas de oro con expresión muy triste, le dijo que escribiera a París y encargase unas misas a Nuestra Señora de las Victorias para que le curase a su pobre hijita. ¡Cómo me emocionó ver la fe y el amor de mi querido rey! [30r] Hubiera deseado poder decirle que estaba curada, ¡pero le había dado ya tantas alegrías falsas! No eran mis deseos los que podían hacer ese milagro, pues la verdad es que para curarme se necesitaba un milagro...

Se necesitaba un milagro, y fue Nuestra Señora de las Victorias quien lo hizo. Un domingo (durante el novenario de misas), María salió al jardín, dejándome con Leonia, que estaba leyendo al lado de la ventana. Al cabo de unos minutos, me puse a llamar muy bajito: «Mamá... mamá». Leonia, acostumbrada a oírme llamar siempre así, no hizo caso. Aquello duró un largo rato. Entonces llamé más fuerte, y, por fin, volvió María. La vi perfectamente entrar, pero no podía decir que la reconociera, y seguí llamando, cada vez más fuerte: «Mamá...» Sufría mucho con aquella lucha violenta e inexplicable, y María sufría quizás todavía más que yo. Tras intentar inútilmente hacerme ver que estaba allí a mi lado, se puso de rodillas junto a mi cama con Leonia y Celina. Luego, volviéndose hacia la Santísima Virgen e invocándola con el fervor de una madre que pide la vida de su hija, María alcanzó lo que deseaba... También la pobre Teresita, al no encontrar ninguna ayuda en la tierra, se había vuelto hacia su Madre del cielo, suplicándole con toda su alma que tuviese por fin piedad de ella... De repente, la Santísima Virgen me pareció hermosa, tan hermosa, que yo nunca había visto nada tan bello. Su rostro respiraba una bondad y una ternura inefables. Pero lo que me caló hasta el fondo del alma fue la «encantadora sonrisa de la Santísima Virgen». En aquel momento, todas mis penas se disiparon. Dos gruesas lágrimas brotaron de mis párpados y se deslizaron silenciosamente por mis mejillas, pero eran lágrimas de pura alegría... ¡La Santísima Virgen, pensé, me ha sonreído! ¡Qué feliz soy...! Sí, [30v] pero no se lo diré nunca a nadie, porque entonces desaparecería mi felicidad. Bajé los ojos sin esfuerzo y vi a María que me miraba con

amor. Se la veía emocionada, y parecía sospechar la merced que la Santísima Virgen me había concedido... Precisamente a ella y a sus súplicas fervientes debía yo la gracia de la sonrisa de la Reina de los cielos. Al ver mi mirada fija en la Santísima Virgen, pensó: «¡Teresa está curada!» Sí, la florecita iba a renacer a la vida. El rayo luminoso que la había reanimado no iba ya a interrumpir sus favores. No actuó de golpe, sino que lentamente, suavemente fue levantando a su flor y la fortaleció de tal suerte, que cinco años más tarde abría sus pétalos en la montaña del Carmelo.

Como he dicho, María había adivinado que la Santísima Virgen me había concedido alguna gracia secreta. Así que, cuando me quedé a solas con ella, me preguntó qué había visto. No pude resistirme a sus tiernas e insistentes preguntas; y sorprendida de ver que mi secreto había sido descubierto sin que yo lo revelara, se lo confié enteramente a mi querida María... Pero, ¡ay!, como lo había imaginado, mi dicha iba a desaparecer y a convertirse en amargura... El recuerdo de aquella gracia inefable que había recibido fue para mí, durante cuatro años, un verdadero sufrimiento del alma. Solo volvería en encontrar mi dicha a los pies de Nuestra Señora de las Victorias, y entonces la recibí en toda su plenitud... Más adelante volveré a hablar de esta segunda gracia de la Santísima Virgen. Ahora quiero contarte, Madre mía, cómo mi dicha se convirtió en tristeza.

María, después de escuchar el ingenuo y sincero relato de «mi gracia», me pidió permiso para contarlo en el Carmelo, y no podía decirle que no... En mi primera visita a ese Carmelo querido me sentí inundada de gozo al ver a mi Paulina vestida con el hábito de la Virgen. [31r] Fue un

momento muy dulce para las dos... Teníamos tantas cosas que decirnos, que a mí no me salía nada, me ahogaba de emoción... La madre María de Gonzaga también estaba allí y me daba mil muestras de cariño. Vi también a otras hermanas, y delante de ellas me preguntaron por la gracia que había recibido, y [María] me preguntó si la Santísima Virgen llevaba al Niño Jesús, y si había mucha luz, etc. Todas estas preguntas me turbaron y me hicieron sufrir. Yo no podía decir más que una cosa: «La Santísima Virgen me había parecido muy hermosa..., y la había visto sonreírme». Lo único que me había impresionado era su rostro. Por eso, al ver que las carmelitas se imaginaban otra cosa muy distinta (mis sufrimientos del alma respecto a mi enfermedad ya habían comenzado), me imaginé que había mentado... Seguramente, si hubiera guardado mi secreto, habría conservado también mi felicidad. Pero la Santísima Virgen permitió este tormento para bien de mi alma. Sin él, tal vez hubiera tenido algún pensamiento de vanidad, mientras que, tocándome en suerte la humillación, no podía mirarme a mí misma sin un sentimiento de profundo horror... ¡Solo en el cielo podré decir cuánto sufrí...!

Al hablar de las visitas a las carmelitas, me viene a la memoria la primera, que tuvo lugar poco después de la entrada de Paulina. Me olvidé de hablar de ella más arriba, pero hay un detalle que no quiero omitir. La mañana del día en que debía ir al locutorio, reflexionando sola en la cama (pues era allí donde hacía yo mis meditaciones más profundas y donde, a diferencia de la esposa del Cantar de los Cantares, encontraba yo siempre a mi Amado), me preguntaba cómo me llamaría en el Carmelo. Sabía que había ya en él una sor Teresa de Jesús; sin embargo, no podían

quitarme mi bonito nombre de Teresa. De pronto, pensé [31v] en el Niño Jesús, a quien tanto quería, y me dije: «¡Cómo me gustaría llamarme Teresa del Niño Jesús!» En el locutorio no dije nada del sueño que había tenido completamente despierta. Pero al preguntar la madre María de Gonzaga a las hermanas qué nombre me pondrían, se le ocurrió darme el nombre que yo había soñado... Me alegré enormemente, y aquella feliz coincidencia de pensamientos me pareció una delicadeza de mi Amado, el Niño Jesús.

Introducción al texto:

Repitamos lo que ya dijimos a propósito del primer texto sobre la «estatua milagrosa de la Santísima Virgen»: es la «Virgen de la Sonrisa», que se encuentra actualmente encima del sepulcro de la Santa. Los esposos Martin-Guérin tenían una devoción particular por esta imagen, que desempeña un papel esencial en la vida de Teresa, curándola de su grave enfermedad nerviosa infantil (Ms A, 29v-31r) y acompañándola en su agonía en la enfermería (a partir del 8 de julio de 1897). En enero de 1895, se encontraba en la antecámara de la celda de Teresa.

Dicha estatua había sido ofrecida al joven Luis Martin por una anciana de Alençon muy piadosa y confiada de encontrar en él a una persona digna de acoger tal regalo. De soltero, Luis la colocó en su pabellón, donde se retiraba a leer y orar. Después de su matrimonio, la estatua se convirtió en el centro de la oración familiar. Durante el mes de María estaba rodeada de flores. A menudo, Celia Martin, la esposa de Luis, se dirige a la Santísima Virgen, y confiesa que ha recibido «favores que solo yo conozco». En Les Buissonnets (nombre de la casa de los Martin en Lisieux después de la muerte de Celia), la estatua sigue ocupando un lugar destacado.

Teresa también evoca Nuestra Señora de las Victorias: devoción y santuario queridos por los Martin. Una novena de misas se celebró en París para la curación de Teresa niña. Al emprender su viaje a Roma, Teresa visitó esta iglesia el 4 de noviembre de 1887, con su padre y Celina, y recibió una gracia de apaciguamiento (Ms A, 30v; 56v-57r).

«María alcanzó lo que deseaba» (Ms A, 30r): así es como María del Sagrado Corazón (su hermana María) evoca esta escena: «La crisis más terrible fue la que cuenta en su Vida. Pensé que iba a sucumbir. Al verla exhausta en esta dolorosa lucha, quise darle un trago, pero ella gritó aterrorizada: “Quieren envenenarme”. Fue entonces cuando me lancé con mis hermanas a los pies de la Santísima Virgen. Tres veces repetí la misma oración. A la tercera vez, vi a Teresa mirando fijamente la estatua de la Santísima Virgen...» (Declaración en el Proceso ordinario).

«Fue levantando a su flor y la fortaleció» (Ms A, 30v): las hermanas de Teresa han confirmado que esta grave enfermedad nerviosa no dejó secuelas, aparte de dos pequeñas alertas, reportadas por Leonia.

«Mi dicha iba a desaparecer y a convertirse en amargura» (Ms A, 30v): una palabra fuerte en Teresa, que la usa treinta y dos veces en los Manuscritos y las cartas. Evoca como en transparencia la amargura del cáliz de Cristo.

«Tocándome en suerte la humillación» (Ms A, 31r): La expresión particularmente fuerte de Teresa muestra que la humillación aquí se experimenta sin compensación, tal vez con más dureza que en otros momentos de su vida, y a una edad tierna, diez años.

Para el diálogo comunitario:

1. *¿Qué dice el texto?* Comprender el contenido y el sentido original del texto de Teresa.
2. *¿Qué nos dice el texto hoy?* Captar la actualidad (social, eclesial, espiritual...) del texto.
3. *¿Qué me/nos dice el texto?* Actualizar y aplicar el texto a la vida personal y comunitaria.

El objetivo de este itinerario es permitir que Teresa nos hable, nos interroge, nos anime, y acogerla para que ilumine y confirme nuestro camino personal y comunitario. Las preguntas propuestas son, por tanto, solo indicativas y eventualmente pueden acompañar la meditación personal y el intercambio comunitario.

Preguntas:

1. Este episodio de la gracia de la sonrisa de la Virgen es vivido por Teresa en un contexto de separación y de dificultad para hacer el duelo por su madre y por quien ahora la representa, Paulina, que acaba de entrar en el Carmelo. ¿Qué significado da Teresa a su enfermedad? ¿Cómo nos invita a atravesar el sufrimiento? ¿Cómo presentar a Teresa para que pueda ayudar a las personas en el sufrimiento por el que están pasando?
2. Teresa establece vínculos con frecuencia entre el Carmelo, la Virgen María y Paulina que representa a su madre. ¿Cuál es el espíritu profundo de nuestra relación con la Virgen María en nuestra vocación carmelita? ¿Qué significa para nosotros haber entrado en una Orden mariana?
3. También podemos leer y meditar la poesía 54, escrita unos meses antes de «entrar en la vida». Leamos especialmente las estrofas dedicadas al sufrimiento (de María y de Teresa con María). Observemos la evolución entre el texto del Manuscrito A anterior y la poesía de mayo de 1897.



ANIVERSARIOS TERESIANOS
2023-2025



CARMELITAS DESCALZOS

Curia General del Carmelo Teresiano

www.carmelitasdescalzos.com